

Entre Paréntesis - 4

RUBORÍZATE AÚN MÁS

Marie Gray

ediciones
Lectio

La traducción de esta obra ha tenido el apoyo de:



Primera edición: noviembre de 2011

© del texto: la autora

© de esta edición: Lectio Ediciones

© de la edición original: Guy Saint-Jean Éditeur Inc.,
Québec, Canadá

Edita: Lectio Ediciones
C. de la Violeta, 6 • 43800 Valls
Tel. 977 60 25 91
Fax 977 61 43 57
lectio@lectio.es
www.lectio.es

Traducción: Ramon Sala Gili

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Impresión: Romanyà-Valls, SA

ISBN: 978-84-15088-15-8

Depósito legal: B-32.046-2011

*Para Samuel, mi hijo, un resultado colateral de Ruborízate aún más
(con la secreta esperanza de que, cuando sea mayor y comprenda la clase de
cosas que su mamá escribía, no se ruborice).*

Mis queridos lectores:

En el alba de la aparición de mi tercera recopilación de cuentos eróticos, he sentido la tentación de permitirme algunas libertades de escritora. Es por ello que dedico unas líneas a testimoniar mi gratitud a todos cuantos habéis contribuido a que mis dos primeros libros hayan sido un éxito.

A lo largo de los años, en acontecimientos literarios, ferias del libro y otros eventos, he tenido el placer de conocer a algunos de vosotros. Y lo que más me ha sorprendido ha sido ver que, independientemente de la edad, sexo o estilo de vida, todos compartíais una cierta mirada picarona.

Deseo con todo mi corazón que en el libro que tenéis en las manos encontréis algo que os alegre, haciéndoos sonreír o, ¿por qué no?, ruborizar un poco...

¡Buena lectura y, sobre todo, un buen placer!

Con mi agradecimiento,

MARIE GRAY



EN FLAGRANTE DELITO

Recuerdo perfectamente aquella mañana; era un miércoles 13 de octubre, un día en que no hubiera debido levantarme. Cuando el despertador puso fin a mi profundo sueño, mi esposa continuó durmiendo apaciblemente, bien enfundada en una chaqueta de lana y con el rostro embadurnado de una crema «rejuvenecedora». Si mi memoria no me falla, antes del atronador ruido de la alarma, estaba soñando que mi tierna esposa, tras haberse sacado el engorroso camisón y limpiado su cara, se había deslizado bajo las mantas y me la estaba chupando con toda alegría; algo que desde hacía demasiados años no era cosa que se contase entre sus quehaceres favoritos. La quiero con ternura, pero, a estas alturas de la película, nuestras relaciones son más bien tirando a platónicas. En fin...

Para continuar con la historia de esa mañana de otoño, llevaba una semana completamente resfriado. El día se anunciaba gris, por más que a esa hora el sol aún no hubiera salido. Una vocecita en mi interior me repetía sin cansarse: «¡Quédate en la cama hoy! Por un día, no pasará nada... ¿Cuándo has estado de baja?». Me sentía bien tentado. Ciertamente era que nunca había abusado de la baja por enfermedad y no menos cierto que apagar el maldito aparato y dormir toda la mañana en el plácido lecho conyugal, bien calentito, sería maravilloso. Pero el deber me aguardaba. Me gusta mi trabajo. Soy guardia de seguridad; como fruto del montón de años que llevo trabajando en la cadena de grandes almacenes Galerías de la Moda, me paso el día sentado ante las pantallas donde se refleja fielmente todo cuanto ocurre en las distintas secciones del establecimiento.

Aunque no debe creerse que me hayan puesto a cargo de esto por mi cara bonita. Es un puesto ideal, que me permite no tener que hacer la ronda, andando sin parar. Además, ahí no tengo que ir armado, algo que detesto, puesto que estoy apartado de cualquier problema. En todo el tiempo que he trabajado ahí, sólo he presenciado dos atracos a mano armada; poca cosa para cuarenta años de labor. Aun así, sobre todo a mi edad, a todas luces es preferible la tranquilidad de mi puesto. Ya no me quedan ganas de correr tras los pequeños rateros o vigilar que los adolescentes no se lleven nada, mientras lo revuelven todo. Y, además, ¿para qué negarlo?, pudiendo estar sentado, ¿por qué me iba a pasar el día de pie?

Cuando se instaló el sistema de seguridad actual, la dirección del establecimiento tuvo que deliberar mucho tiempo antes de encontrar a alguien en quien pudieran confiar el control del sistema. El problema no estaba en el número de pantallas que había que atender; dieciocho cámaras no era una cantidad excepcional. Lo que resultaba más delicado era la vigilancia de las cámaras que habían instalado en los probadores. Muchos compañeros se habían ofrecido a hacerlo, con la esperanza de pasar la jornada contemplando cómo las damas se desvestían ante su mirada atenta. ¡No habían entendido nada! Estoy extremadamente orgulloso de la labor que llevo a cabo y si me han confiado este puesto es porque soy lo suficientemente profesional como para no recrearme con los monitores de los probadores. No es que sea más tonto que los demás; simplemente creo que una mujer tiene que poder irse de compras tranquilamente, sin tener que preocuparse por si alguien la está contemplando mientras se prueba alguna prenda, regodeándose la vista. Por esto me escogieron, porque era alguien capaz de ver... y cerrar la boca. Las Galerías de la Moda no tenían ninguna intención de dejar que sus clientes supieran que vigilaban cuanto pasaba en el interior de los probadores: esto hubiera resultado catastrófico para el negocio. De saberse antes de tiempo, se hubieran hecho toda clase de suposiciones y habrían tenido que desistir de sus planes. Planes razonables, sin embargo, porque en esas pequeñas cabinas era donde desaparecía la mayor cantidad del género expuesto.

Abreviando, gracias a mi experiencia, discreción y profesionalidad, el puesto cayó en mis manos. Y vaya que si atrapé a unas cuantas... Aunque

qué duda puede caber, pegarse a los monitores de los probadores y no perder detalle de lo que ahí sucede, es sin duda tentador... Sobre todo porque la clientela media de las Galerías suele ser una mujer acomodada, guapa y elegante... Pero yo ya he pasado la edad de interesarme por esas cosas; sólo puedo esperar que la concurrencia dé pruebas de madurez antes de confiar este tipo de tarea al primer venido. En fin...

Fue este sentido de la responsabilidad lo que me proporcionó el valor necesario para resistir la llamada, tan tentadora, de mi voz interior. A desgana me levanté, echando una mirada de envidia a mi tierna esposa que continuaba dormida, y me dirigí a la ducha. Ya había olvidado mi sueño, cuando al ver mi miembro erecto bajo la cálida agua de la ducha, regresó súbitamente a mi mente. Empecé a imaginarme la boca de mi dulce Solange aprisionando mi miembro con ternura, lamiéndolo con la misma fruición que antes, en aquella época en que dormía desnuda y sin mascarillas de cremas... Casi sin darme cuenta, unté de jabón mi verga y dejé que mi mano se deslizara de arriba abajo, mientras sentía cómo el corazón me empezaba a latir aceleradamente. ¿Cuándo había sido la última vez que acaricié a esa perezosa colita?

Me quedé agradablemente sorprendido por el agitado estado en que me encontraba y pensé en despertar a Solange para compartir con ella mi lujurioso deseo. Pero se hacía tarde y lo más probable era que mi dulce media naranja no se sintiese muy receptiva a mi órgano tenso a más no poder. Me corrí con un espasmo, me duché y arreglé, y me fui a trabajar.

La mañana transcurrió con normalidad, sin nada que alterase la rutina, hasta que Ella entró en la tienda; Ella, aquella que iba a despertar mis adormecidos instintos y poner mi vida patas arriba. Primero apareció en el monitor de la cámara de la entrada: alrededor de los veinticinco años, rubia, aspecto cuidado y prestancia a raudales. Cada día veo a un montón de mujeres bonitas cruzar ese zaguán, pero ella era verdaderamente arrebatadora. Parecía tener prisa, como tantas otras clientas que aprovechaban la corta pausa del almuerzo para entrar en busca de un artículo concreto. Ella se dirigió directo a la sección de ropa interior. Seguí atentamente el deambular de su cuerpo, avanzando con gracia a pesar de los elegantes zapatos de tacón alto y del traje chaqueta entallado. Iba

impecablemente peinada y yo hubiera sido capaz de jurar que exhalaba el aroma de uno de esos perfumes embriagadores y terriblemente caros, Shalimar u Opium. Ante el mostrador, se quitó los guantes con un gesto lento y deliberado que, sorprendentemente, me la puso dura. ¡Estaba tan segura de sí misma! Con toda probabilidad, se trataba del tipo de clienta difícil, que exigía la máxima calidad y un servicio irreprochable. Por suerte, la dependienta era una experta. Tras aconsejarle varios modelos, la guió hasta los probadores. Respiré profundamente. Era inadmisibles que me aprovechara de esa ocasión de sueño, pero inhumano, resistirla. Me sentía desamparado; no me podía explicar esa repentina atracción irresistible por una desconocida. Aunque normalmente fuese muy respetuoso con la intimidad de las clientas, ahora me sentía incapaz, física y psicológicamente, de apartar la mirada de los monitores de los probadores, intentando febrilmente adivinar por cuál aparecería. La encargada la acompañó hasta la cabina 3, en donde se introdujo la bella desconocida. Me marqué un límite de un minuto; después continuaría con mi trabajo. Apenas el tiempo suficiente para percibir más claramente su aspecto.

Debo dejar claro que siempre he sido fiel a mi mujer, tanto en pensamiento como en obra. Cuando el mes pasado celebramos nuestro trigésimo quinto aniversario de bodas, me sentí emocionado, feliz, orgulloso y afortunado, por haber pasado tantos años junto a ella, disfrutando de un gozo apacible y despreocupado que ojalá durase el resto de mi vida. Algo en lo que continúo confiando. El que sea receptivo a la visión de una joven mujer con la falda demasiado corta, no empece en nada el amor que siento por mi esposa... Incluso si a veces estoy tentado por adivinar qué se esconde debajo de esa minifalda. Creo que Solange, mi mujer, me continúa queriendo; si no fuera así, no se mostraría tan atenta y dulce conmigo. Nuestros hijos hace años que vuelan solos, por lo que disfrutamos de nuestra mutua compañía en aquellas veladas tranquilas en que nos bebemos una buena cerveza, sentados ante el televisor, disfrutando de un confort modesto, pero acogedor. Lo que pasa es que ya hace tiempo que Solange no se preocupa de su tipo o de ponerse ropa tan favorecedora como la mujer que acababa de aparecer en mis monitores. Las cámaras de vigilancia de los probadores están detrás del espejo. Pude ver su delicioso rostro con más definición. Un cuidado maquillaje realzaba

sus pálidos ojos, cuyo tono, desgraciadamente, no podía apreciar con claridad; las malditas pantallas sólo eran capaces de reproducir la infinita gama de los grises. Daba igual, ella era una belleza extraordinaria. Colgó el bolso de uno de los ganchos previstos para ello y con sus alargados dedos empezó a desabrocharse los botones de su chaqueta. Me dije que ya bastaba, que no iba a mirarla cuando se despojara de su blusa, falda y demás. Pero debajo de la chaqueta sólo llevaba el sujetador; un fular hábilmente plegado hacía las veces de blusa. Y me dejé arrastrar por la corriente: ya era demasiado tarde para imponer mi voluntad y desviar la mirada, estaba fascinado. Llevaba un magnífico sujetador de puntilla y, cuando se desabrochó la falda, vi que sus braguitas hacían juego. La falda cayó al suelo, de donde ella la recogió lentamente, colgándola con esmero para que no se arrugara. ¿Por qué diablos se le había ocurrido ponerse esas medias que se pegaban mágicamente a sus caderas? Claras y sedosas, enfundaban sus delgadas piernas, apretando su blanca piel. Con gestos bien precisos, primero se sacó el sujetador y luego dejó que las braguitas se deslizaran hasta el suelo, antes de sacar de la percha las prendas que se quería probar. Recordé vagamente que no hubiera debido quedarse así, que la tienda pedía a las clientas que se probasen las braguitas sin quitarse los que llevaban, pero aparté inmediatamente de mi mente esa minucia. Tenía un cuerpo espléndido: senos generosos y firmes, cintura estrecha, caderas ligeramente redondeadas, vientre plano... Al observar su pubis, me di cuenta de que el color rubio de su pelo no era teñido. Dio media vuelta y pude admirar la curvatura de sus nalgas y la elegancia y esbeltez de su espalda. Con sus finos brazos abrochó los corchetes del sujetador nuevo y deslizó las braguitas por sus suntuosas piernas.

El conjunto le sentaba de maravilla; la vendedora había adivinado muy bien su gusto. La puntilla era tan fina que dejaba adivinar sus aureolas y marcaba la leve sombra que recubría su sexo. Examinó seriamente la imagen reflejada, girando para contemplar su cuerpo desde distintos ángulos, preguntándose, obviamente, si era eso lo que buscaba. Tras unos instantes, una sonrisa angelical iluminó su rostro. La clienta estaba contenta con lo que veía, su decisión estaba hecha. Esperé, por si quería ver cómo le sentaban las demás prendas que le habían sugerido, pero no hubo lugar; estaba satisfecha con lo primero que se había probado. Se vistió rápidamente, dejándome admirar de nuevo ese cuerpo fabuloso,

antes de ocultarlo bajo su elegante traje chaqueta, salió y pagó. Mientras esperaba que le empaquetaran su compra, su rostro se iluminó con una pequeña sonrisa que ya no la abandonó hasta que salió de la tienda. Tuve un ligero sobresalto en el momento en que, justo antes de traspasar el umbral, dio media vuelta y observó el interior de la planta baja, alzando la mirada hacia la cámara que enfocaba a la entrada. Me ruboricé como un adolescente sorprendido en falta. Me dio la turbadora impresión de que ella sabía que yo la estaba mirando, que adivinaba que había sido un observador impúdico y que la había encontrado muy bella. Tanto, que cuando me levante de la silla, la pernera de mi pantalón parecía una tienda de campaña con su mástil central bien alzado.

* * *

Aquel atardecer, al regresar a casa, cuando Solange profirió su sempiterno «¿Eres tú, Paul, has tenido un buen día?» sólo pude darle una respuesta evasiva. Me fui directamente a la habitación para cambiarme y saltar bajo la ducha con la esperanza de refrescar las ideas. A Solange le pareció raro que me duchase a esa hora, pero salí del paso explicándole que había habido un problema con el aire acondicionado y que estaba empapado. Al mentirle así me invadió un horrible sentimiento de culpabilidad; me acerqué a ella y le di un beso. Ambos quedamos sorprendidos ante la ternura e intensidad del gesto. Con las mejillas arboladas, ella retrocedió y me escudriñó con la mirada, esa mirada suya que lo descubría todo.

— Pero ¿qué te pasa? ¡Vamos, cuéntame!

Respiré hondo y respondí:

—No he hecho sino pensar en ti todo el día. Puede que sea patoso a la hora de demostrártelo, pero deberías de saber que te quiero; esto es lo que me pasa. Hace tiempo que no te lo decía.

Se rió y me estrechó entre sus brazos.

Al observar cómo se movía por la cocina mientras me preparaba una succulenta cena, experimenté otra erección sorpresa. Hacía tanto tiempo que estábamos casados que me sentí azorado como si fuera un adolescente; tantos años hacía desde que nuestros ardores se habían calmado, que ninguno de los dos sabía ya cómo romper la delgada capa de hielo

instalada entre nosotros. ¿Debía enseñarle la reacción que me había provocado? ¿No sería mejor intentar que fuéramos a la cama antes de lo que acostumbábamos? Estaba indeciso. Tantas preguntas me hice que mi erección se fue por el mismo sitio por donde había llegado. Al final, resultó ser otra de tantas veladas; cada uno sentado en su sillón, mirando el televisor.

* * *

Al día siguiente, un jueves 14 de octubre, la que yo ya denominaba «mi» clienta apareció de nuevo. A la misma hora y con idéntico aire apresurado, se dirigió decidida al mostrador de ropa interior y escogió uno de los conjuntos que no se había probado el día anterior. No intenté siquiera desviar mi mirada y a pesar de que la consabida culpabilidad hizo tímido acto de presencia, eso no bastó para que me detuviera. Me instalé cómodamente delante del monitor del probador correspondiente, el 6 esta vez, y me puse a observar a la bella desconocida, quien procedió igual que lo había hecho el día anterior, desabrochándose un vestido camisero y descubriendo lentamente su cuerpo divino. Ese día se había puesto unas mallas negras que parecían confeccionadas con tejido de seda y unas adorables medias, negras también. Al son de una música inaudible, empezó a cimbrear su cuerpo. Me puse a observar esa danza lasciva, hechizado por la fluidez de sus movimientos; con sus dedos se mesaba el pelo, antes de acariciarse los hombros en un íntimo asedio. Se acarició sus suntuosos senos cubiertos por el sedoso tejido y pude ver cómo sus pezones se erguían en respuesta. Luego deslizó las manos por sus caderas, masajeando suavemente la aterciopelada carne pálida. Continuó bailando, agachándose y abriendo las piernas, permitiéndome ver que su sexo sólo estaba tapado por una estrecha tira de puntilla. En respuesta a una llamada irresistible, sus dedos se acercaron peligrosamente al lugar de marras. De pronto, se detuvo, como si se diera cuenta de su extraño modo de comportarse. Desorientada, miró a su alrededor como si acabase de despertar de un sueño. Se apresuró a probar el conjunto que había cogido, y el resultado pareció que la decepcionaba. Rápidamente, se vistió de nuevo, salió del probador y devolvió las prendas a Nicole, la dependienta. Después abandonó a paso de carga la tienda, dejándome

a mí jadeante, apoyado en el borde de la silla, decepcionado y excesivamente excitado para mi tranquilidad.

Aquella noche, farfullé a Solange la misma excusa que el día anterior, corrí a refugiarme en la ducha y me masturbé violentamente. ¿Qué diantres me estaba pasando? ¿Por qué esa mujer tenía una influencia así sobre mí? En esos dos últimos días me había masturbado más veces que en la docena de años anteriores.

* * *

El viernes 15 de octubre fui a trabajar preparándome interiormente para la visita de «mi» clienta. Aunque fuese muy poco probable que viniera una tercera vez, lo que me había ofrecido la víspera me hacía esperar que lo hiciera. Intenté encontrar en mi interior el coraje necesario para resistirme, caso de que se le ocurriera venir de nuevo a satisfacer las expectativas de mi mirada lúbrica, aunque supiera de antemano que la batalla estaba perdida. La noche anterior había soñado con ella y me había despertado avergonzado, mirando cómo mi querida Solange dormía ajena a cuanto estaba ocurriendo. Me sentía un vil mentiroso, como si le hubiera sido infiel. Me hacía terribles reproches, por más que intentara convencerme de que no había hecho nada malo y que, en realidad, no había cometido ningún acto reprochable... Simplemente, eran mi espíritu y mi cuerpo quienes se estaban comportado como unos cabrones.

Por eso, cuando la vi entrar a la hora acostumbrada, intenté desesperadamente fijar la mirada en los demás monitores. En pocos segundos vi cómo escogía un picardías de color claro. Poco después, Nicole la acompañaba a un probador. No hacía falta nada más: mis ojos se concentraron en el monitor correspondiente y toda mi buena voluntad se esfumó de golpe. Se desvistió completamente, conservando únicamente medias y zapatos. Pero antes de coger la prenda que quería probarse, se levantó con abandono la espesa cabellera, descubriendo su cuello. Se observó en tal guisa, dando la vuelta para admirarse a sí misma, y deslizó las manos por su cuello, antes de acariciarse suavemente los erectos pezones. Se inclinó para recoger las mallas que llevaba al entrar. Me pregunté si serían de color rosa o si serían beige; sólo podía intuir la maravillosa y sutil armonía con el tono de su epidermis. Frotó con ellas

sus generosos senos y deslizó la prenda hasta su esbelto talle, dejando que al caer el delicado tejido acariciara sus redondeadas nalgas. Luego, cogiéndolas por uno de sus extremos, las introdujo entre sus piernas y, ante mi atónita mirada, empezó a cimbrar el cuerpo. Mientras las hacía ir y venir por su entrepierna, se miraba fijamente al espejo. No tardó en pegarse a la superficie de cristal; sus magníficos senos se aplanaron ante mis ojos. Podía adivinar cómo su cálido aliento empañaba la luna azogada y sentirlo sobre mi miembro, ahora dolorido de deseo. Me moría por sacarme el pantalón y acallarlo con la mano, pero no podía correr el riesgo de que alguien me sorprendiera en tal estado. Ajena a mi dilema, la bella desconocida, a ritmo cada vez más veloz, continuaba acariciándose con el sedoso tejido. Discretamente, empecé a masajear el tenso pedazo de tela sobre mi turgente virilidad. La falta de costumbre en ese placer solitario (por lo menos durante las horas de trabajo) hizo que tuviera dificultad en relajarme y dejarme ir. Al fin y al cabo, yo era el encargado de velar por la intimidad de esas anónimas damas. No hace falta decir que no estaba muy orgulloso de mí mismo, cosa que no era obstáculo para que mi miembro alzara ferozmente su cabeza. «Mi» clienta abrió un poco las piernas, posó un dedo en el pubis y empezó a frotarse con movimientos circulares. Al cabo de un instante, la cosa surtió efecto; cerró los ojos mientras su cuerpo se estremecía bajo el placer. Mi mano se dirigía ya a abrir la cremallera de mi bragueta, cuando alguien abrió la puerta de la estancia: un colega que deseaba preguntarme si ya había almorzado. Ruborizado hasta la médula, me puse precipitadamente de pie, intentando ocultar de la vista del intruso a «mi clienta». Mascullé que bajaría a comer en diez minutos; que me esperara si quería hacerlo. Mi excitación desapareció de golpe; me había salvado por los pelos.

Por la noche, ya en casa, intenté que Solange se acostara pronto. Yo ya estaba en la cama. Le había dicho que me sentía cansado, que tenía ganas de mantener su cuerpo al lado del mío. Que podía, si lo deseaba, estirarse y leer. Se acostó dándome la espalda y yo me pegué a su cuerpo todo lo que pude. En un pispás tuve una tremenda erección... Pero Solange hizo como si no lo hubiera notado. Pidió perdón y se levantó para ir al cuarto de baño, de donde salió al cuarto de hora, con la cabeza plagada de rulos y el rostro embadurnado con la famosa crema. Tras depositar un besito en mi frente, se acostó lejos de mí y no tardó en dormirse.

Con la amarga frustración de mis expectativas, me levanté y me fui al salón para amodorrarme ante una insulsa serie televisiva; no regresé a la cama sino después de haber dormido un buen rato en el sofá demasiado duro para ese menester.

* * *

Al día siguiente, el 16 de octubre, por ser sábado libraba a las 13 h. Me sentía cansado e irritable, había pasado una mala noche y no estaba de humor para bromear con los demás empleados. Me dirigí directamente a mi puesto de trabajo sin pasar por la cafetería. Cuando ya me creía a salvo me topé con Nicole, quien se dirigió hacia mí con una enorme sonrisa; su voz, límpida y aguda, me hizo sentir los primeros síntomas de una terrible migraña.

—¡Buenos días, Paul! ¡Vaya, hoy no pareces estar muy en forma!

—¡Oye, a ver, que estoy bien! —contesté más secamente de lo que hubiera deseado.

—¡Chico, perdona! No quería irritarte. ¿Te sientes hundido o qué?

—¡No, no! Solamente estoy un poco cansado...

Ardía en deseos de hacerle preguntas sobre «mi» clienta. ¿La conocía? ¿Cómo era? ¿Qué voz tenía? ¿Cómo se llamaba? ¿Sabía si hoy iba a venir? Logré retenerme y, sin más, me introduje en el cuarto de vigilancia, con un termo de café bien espeso como compañía. Las horas fueron pasando y ella no se presentó. Me sentí terriblemente frustrado, a la vez que aliviado. Me daba cuenta de que la mujer se estaba convirtiendo en una obsesión. Soñaba con ella como si de mi amante se tratara, esperándola para quedar satisfecho con lo que me quisiera dar, imaginando una sonrisa o un beso suyo. Me encontraba ridículo, me sentía desgraciado. Había perdido el norte. Terminó mi turno sin que ella se dignara hacer acto de presencia.

El domingo 17 de octubre fue un día absolutamente anodino. Lo pasé en un estado casi febril con mi pensamiento fijado en Ella, soñando despierto con su voluptuoso cuerpo, con la imagen de sus manos acariciando esa piel tan pálida y el delicado pelo cayendo sobre sus hombros. La echaba de menos. Me sentía como un toxicómano en pleno mono; veinticuatro horas sin verla. Esperaba con impaciencia el nuevo día, el

lunes; un día tan calmado que hasta resultaba aburrido. Sin duda, ella vendría a romper la monotonía y a esclarecer la jornada con su presencia; ése era mi presentimiento. No podía apoyar mis barruntos sobre nada en concreto, pero estaba seguro de que así sería.

Sin poderme retener, cogí el coche y me dirigí a las Galerías de la Moda, abiertas los domingos, mi día de fiesta. ¿Quién sabe?, me decía. Quizá ella estuviera allí. Mi intención era sentarme tranquilamente delante de la entrada; comer un bocado, mientras vigilaba a la gente que entraba y salía de la tienda. Y, en el caso de que ella apareciera, ¿qué era lo que yo iba a hacer, concretamente? Ningún problema: me contentaría con verla y me quedaría tranquilo para el resto de la jornada. Me enteraría por fin de todos esos detalles que ansiaba saber: el tono exacto de sus cabellos rubios, el color de sus ojos, su olor. Pero, ¿qué les diría a los colegas que me vieran ahí? Sabían muy bien que no tenía ningún motivo para hacer acto de presencia en un domingo. Ya lo vería.

Llegué a los almacenes poco después del mediodía, me senté en un banco de la calle y me dispuse a esperar mientras me zampaba un bocadillo. Fue en vano, serían ya las cuatro de la tarde cuando me decidí a regresar a casa, apenado y desengañado. Estaba de suerte: aquella noche Solange iba a salir; iba a estar solo con mi obsesión. Puesto que no se la podía llamar de otra manera. Por primera vez en mucho tiempo, saqué de la alacena mi botella de ron y me serví un buen lingotazo con la esperanza de pensar en otra cosa y hacer que el sol saliera más pronto... Debí beber más de la cuenta, puesto que cuando Solange regresó me encontró dormido sobre el sofá. Por suerte, antes de caer anonadado por el alcohol, había tenido el tino de reabrocharme el pantalón. Lo último de lo que me acordaba era de haberme lavado las manos tras haberme masturbado, con el pantalón ridículamente caído sobre los pies, imaginándome a Ella arrodillada delante de mí, abriendo su hermosa boca para acogerme.

* * *

El lunes 18 de octubre me desperté muy temprano. Me preparé para acudir al trabajo a una hora inusualmente adelantada, cosa que despertó la curiosidad de Solange.